

Bogdan Suchodolski



**LA EDUCACIÓN A TRAVÉS
DEL ARTE**

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2022

La educación a través del arte
Bogdan Suchodolski

Fuente:
Capít. XII de “Tratado de Pedagogía”
(págs 263-300) Ediciones Península
1971

Maquetación actual:
Demófilo
2022

Obra digitalizada y editada para Biblioteca Omegalfa
sin interés económico o comercial alguno, con una
finalidad exclusivamente educativo / cultural.



Bogdan Suchodolski

LA EDUCACIÓN A TRAVÉS DEL ARTE

1. Mutaciones en la educación estética

Las transformaciones que afectan a la educación estética son también de suma importancia en nuestra época. En el pasado se consideraba como una labor pedagógica marginal, al igual que el papel asumido en la escuela por el dibujo y el canto, a los cuales, salvo raras excepciones, solía limitarse a educación estética. Las numerosas tentativas realizadas en la primera mitad de nuestro siglo para modernizar y reavivar este aspecto del trabajo didáctico no rebasaron nunca los marcos de las concepciones tradicionales, según las cuales la educación artística debía contribuir a formar la llamada postura estética con relación a las obras de arte, y en muy contados casos había de servir para desarrollar en los alumnos con talento su vocación artística. Sólo unos cuantos teóricos de la pedagogía —como Dewey, por ejemplo— supieron captar la profunda significación de la educación estética para la formación de las distintas facultades del hombre.

Las transformaciones sociales y artísticas de nuestra época han creado una situación muy distinta en el campo de la educación en cuanto a las relaciones entre los individuos y el arte.

La educación artística tiene ya y ha de tener una significación cada vez mayor debido al creciente papel del arte en la vida contemporánea. En el pasado el contacto humano con el arte se efectuaba generalmente a través del libro, el teatro y el museo; el libro asumía el papel predominante al respecto, mientras que el teatro y el museo eran más bien accesibles a la *élite* de la sociedad. En el día

de hoy, junto al mayor alcance de estas instituciones, surgen nuevas posibilidades de contacto entre el hombre y el arte, lo cual no deja de contribuir a su amplia divulgación. Nuestra época es la del filme, la radio y la televisión, la época de la fotografía y de las reproducciones artísticas.



En estas nuevas condiciones, el contacto con el arte abarca a las más amplias masas, y los factores que siempre dificultaron este contacto, como son el punto de residencia y las posibilidades económicas, van perdiendo cada vez más su significación. Al mismo tiempo, es posible establecer un contacto diario con el arte y no muy de vez en cuando, como sucedía en el pasado; este contacto puede establecerse entre las cuatro paredes del hogar, adonde antaño sólo llegaban los libros. Hoy en día penetran profusamente en las casas las mejores reproducciones de la pintura y la música.

El arte se manifiesta en la vida diaria de la sociedad de muy diversas formas, contribuyendo cada vez más a la formación del ambiente humano. Mientras que en el pasado sólo la gente adinerada podía permitirse el lujo de modelar artísticamente su propio

ambiente —pues este carácter distinguía a las residencias de los reyes y los magnates— en la actualidad la urbanística y la arquitectura ambicionan crear para todos unas condiciones de vida más saludables y cómodas a la par que más hermosas. Pues todo un abismo separa la moderna construcción fabril y de viviendas del estilo de las ciudades y los centros industriales del siglo XIX.

La irrupción del arte en la vida diaria se realiza también por otras vías. Los muebles y los objetos, los tejidos decorativos y de uso corriente, los artículos industriales de consumo diario, la cerámica, el vidrio y la gráfica, todo cuanto las artes plásticas son capaces de ofrecer a la sociedad, se vuelve cada vez más asequible. La civilización ha de seguir por ese camino, pues nuestra época es precisamente la época en que tras largas controversias entre la técnica y el arte, comienza la alianza de ambas disciplinas, lo cual se traduce tanto en las nuevas formas artísticas como en los nuevos aspectos de los materiales industriales. Estamos en una época en la cual se están realizando las palabras de Marx según las cuales los hombres no sólo desean producir sino que quieren hacerlo de acuerdo con las exigencias de la belleza.

¿Acaso cabe pensar que, en las nuevas condiciones propicias del más amplio contacto de las masas con el arte, la educación estética puede seguir como antes?

Ahora bien, las posibilidades que ofrecen el moderno desarrollo social y los progresos técnicos en el aspecto de los contactos entre los individuos y el arte no se realizarán automáticamente, sino que habrá que preparar a la gente para que sepan aprovecharlas.

2. El arte, mundo real del hombre

Las nuevas condiciones a las que acabamos de referirnos no sólo tienen una significación de hecho sino que son a la vez un tema de meditación cuyas conclusiones rebasan en mucho todo cuanto

cabía esperar. Se trata del papel del arte en la vida del hombre.

Mientras que hasta no hace mucho la grandeza del arte era proclamada por los artistas y los estetas, siendo considerada críticamente y con recelo por las masas, mientras que la significación universal y general del arte parecía una utopía, y en el mejor de los casos, el arte servía de distracción a las masas aburridas al serles presentado mediante los modernos medios de la técnica, hoy en día comienza a calar el convencimiento de que el arte es una profunda necesidad humana y uno de los elementos fundamentales de la vida social.

¿Por qué una necesidad humana?

Sobre todo porque a través del arte y con el arte los hombres crean su propio mundo, el mundo humano de las formas y de los colores, de los sonidos y de las palabras, de los acontecimientos y los problemas, la experiencias y las sensaciones, las aspiraciones personales y colectivas.



Es superficial y desacertada la vieja idea común según la cual el mundo del arte es una ilusión de la realidad contraria a la vida verdadera. Pues esa «ilusión» es también una realidad en la cual viven los hombres, ya que en el mundo humano el sonido musical no es menos que el ruido del viento, y un cuadro pictórico no es menos real en tanto que elemento humano que el paisaje que tenemos ante la vista. Todo cuanto sucede sobre el tablado de un teatro, en la pantalla del cine, en las páginas de una novela, tiene un carácter tan real como lo que sucede en la vida; el hecho de que sólo en este segundo

ejemplo pueda comprobarse la identidad de las personas que actúan sobre la base de unos documentos oficiales no es ningún argumento para la tesis de que lo que sucede en la vida es más real que lo que sucede en el arte. El mundo del arte es un mundo creado por los hombres y en el cual los hombres viven realmente. Y no hay ninguna razón para pensar que la vida del hombre que está escuchando un concierto es menos real que su vida en los momentos en que se dedica a una actividad de diverso tipo y considerada comúnmente como «real».

El mundo del arte tiene sin embargo, como medio real de la vida humana, unos rasgos peculiares: es una gran construcción humana en la cual la fuerza creadora del hombre domina la realidad de un modo distinto a como ocurre en la ciencia o la técnica, en la actividad social planificada. La resistencia de la materia, que debe superarse en las investigaciones científicas y en las construcciones técnicas, al igual que la resistencia de la realidad social, es otro tipo de resistencia que el superado por el artista al dar al material que está labrando la forma apetecida.

En el trabajo creador del artista, al igual que en la experimentación de la obra de arte por sus admiradores, se refleja en forma muy peculiar la libertad del hombre, tan importante, aunque diferente, de la que conquista a través de la dominación de las fuerzas de la Naturaleza mediante la ciencia y la técnica, y las fuerzas espontáneas del desarrollo social merced a su actividad social consciente.

Esta libertad, que es a la vez el fruto del triunfo del hombre sobre la resistencia de la materia al darle una forma que se armoniza con la visión orientadora de la actividad humana, es una libertad muy íntima que garantiza la profunda comunidad del hombre y de su obra.

El mundo de la maquinaria es el mundo del poderío humano y de la emancipación segura de los hombres de la prisión de las cosas, es nuestro instrumento y es nuestra arma.

El mundo del arte es un mundo humano, pero de otro modo, pues no se opone a los hombres como el instrumento material y externo de sus fuerzas sino que se identifica con ellos como la proyección de su vida interior, a la cual la materia prima se vuelve obediente: la madera y el mármol, el hormigón y el acero, el lienzo y las pinturas, los sonidos y las palabras, y también el destino que crea las situaciones, los acontecimientos, las experiencias humanas.



Y así, mientras que el mundo de la ciencia y la técnica es la prolongación de la esfera humana en la Naturaleza, el mundo del arte es el enriquecimiento de la Humanidad a través de la multiplicación de la realidad material y social en que los hombres viven y a la cual transforman. Mientras que el mundo de la ciencia y la técnica se sume en las profundidades de la realidad material hasta perturbar el equilibrio biológico de la Naturaleza, hasta los peligrosos límites del desencadenamiento de las fuerzas elementales destructoras, el mundo del arte no influye en lo más mínimo en la vida de la Naturaleza ni en los procesos físico- químicos de la materia.

Mientras que el símbolo del primero es Prometeo, cuyo fuego dio a los hombres la luz y el calor y por lo tanto el conocimiento de la ciencia y la potencia de la técnica, el símbolo del segundo es el mito de Orfeo, cuya música conmovió la voluntad de los dioses así como las rocas y los árboles y las bestias, pero sólo porque era amor y nostalgia, y no potencia. La tradición de Prometeo y la de Orfeo pertenecen conjuntamente a la realidad humana.

3. El arte y el humanismo

En el arte, al igual que en la ciencia y en la técnica, aunque de otra manera, se realiza la autonomía de la existencia humana. El arte es la crítica y la aceptación del destino humano, y las experiencias y la emoción que promueve son la respuesta suficiente en sí que el hombre se da a su pregunta sobre los valores y el sentido de la vida. Este carácter del arte lo ha acercado durante siglos a la religión, y las obras artísticas se entrelazaron indisolublemente con las acciones religiosas. Pues la religión trataba de colmar no solamente las necesidades cognoscitivas y prácticas de la vida humana, sino a la vez sus necesidades espirituales y conceptuales. La satisfacción de estas necesidades se realizaba en la vida religiosa en gran medida a través del arte, por cuanto el arte despierta el espíritu y la imaginación. Pero en su desarrollo histórico el arte se separó finalmente de la religión y sus formas y contenido gracias a los que había asumido su función, satisfaciendo las necesidades espirituales y la imaginación de los hombres, y comenzó a asumir sus funciones en forma laica.

El hombre moderno, que no va a la iglesia, encuentra en el arte mucho más de lo que experimentaban sus abuelos en el ambiente de las ceremonias religiosas. Cuando las necesidades humanas se despojaron de su ropaje religioso, aparecieron como unas necesidades sumamente humanas, concernientes a las relaciones del hombre con el mundo y con los demás individuos. Así, el arte se

convirtió, junto a la ciencia y la técnica, en un testimonio de la plena independencia del hombre, de la independencia de su humanismo.



Esta significación aumenta muy especialmente en la época actual. Mucho más que en ninguna otra época, el arte se ha convertido en un factor determinante de sensaciones y de emoción que satisface las necesidades humanas. Quizá nunca como ahora el arte —desde la plástica y la música hasta la literatura y la poesía— estuvo tan comprometido en la lucha contra todo lo que rebaja y limita al hombre, y, sin ser un arte moralizador, se ha convertido, junto a la filosofía, en un gran factor moral moderno, en la verdadera conciencia del mundo, que condena cualquier traición al humanismo, una conciencia llena de inquietud y de incertidumbre, pero vigilante y sensible a todo lo humano.

Esas necesidades humanas, complejas y diversas, a veces encubiertas, a veces intratables, determinan la gran esfera de aspiraciones del hombre moderno, sus esperanzas y sus desencantos.

El sentimiento del vacío y de la soledad, de una existencia sin relieve que se manifiesta a través de la aversión y el aburrimiento, está ligado generalmente con la desaparición de una vida espiritual intensa. El incremento de esta intensidad espiritual, ni mucho menos fácil de alcanzar en las nuevas condiciones materiales, sociales y técnicas de la vida contemporánea, es posible gracias precisamente al arte, que le devuelve al hombre moderno, aquejado por unas inquietudes a veces ridículas, el coraje, la sensibilidad y la emoción.

Pero, al mismo tiempo, en el arte contemporáneo se producen mucho más que en el pasado los grandes conflictos morales de los individuos en estos tiempos difíciles y trascendentales, en él se libran las luchas por la justicia y la libertad. En el arte contemporáneo se entremezclan de un modo inaudito y tremendo el bien y el mal, la fuerza y la debilidad humanas, y se juega la suerte de la vida implicada en los conflictos de todo tipo.

4. *Expresión y comunidad*

Este carácter humanístico del arte posee además, en nuestra época, otro aspecto muy importante, pues se trata de que el arte tiene para el hombre moderno una significación específica al satisfacer sus necesidades peculiares de expresión y permitirle encontrar la resonancia a sus sensaciones personales. La necesidad expresiva es una forma determinada de esa autorrealización que cada individuo anda buscando.

El mundo de la civilización moderna es en realidad el mundo creado por el hombre. Pero esta obra humana no deja de tener múltiples gravámenes y limitaciones, y sigue siendo en grado considerable un terreno de esclavitud y limitación humana. La perspectiva de superación de la alienación a la que Marx se refería se va realizando lentamente y choca con una resistencia.

Precisamente, el arte permite una mayor libertad que la verdadera realidad y ofrece una expresión de las sensaciones y los deseos mucho más sincera que cuanto pueda brindar la comunicación de los individuos a través de sus comunes relaciones en la vida. El arte permite vivir en otra realidad, en la cual imperan naturalmente determinadas normas, pero se trata en este caso de unas normas mucho más afines y cercanas a los hombres y que facilitan la armonía y la convivencia.



La actividad del hombre moderno, que se desarrolla en el trabajo, la ciencia y la técnica, en la actividad social, encuentra en el arte una salida igualmente importante y adecuada. De la misma manera, la necesidad de expresar los sentimientos interiores y su armonización encuentra en el arte unas posibilidades de satisfacción particularmente propicias. El retorno al arte en un mundo como el nuestro, cuya población se caracteriza por su viva actividad y su inquietud psicológica, se halla condicionado por unas necesidades mucho más profundas que en cualquier época anterior. El papel terapéutico del arte, puesto de relieve en forma unilateral por el

psicoanálisis, pertenece igualmente a la esfera de su moderna significación.

Ahora bien, la expresión no se dirige hacia el vacío, sino que busca su respuesta. El arte es precisamente esa esfera extraordinaria en la cual los individuos se encuentran con sus sensaciones sin encontrarse física ni socialmente. El arte crea una comunidad humana de un modo específico: es una atmósfera en la cual se participa, que constituye un fragmento de nuestro ser, al igual que ocurre con muchos otros seres desconocidos con los cuales nos hallamos unidos y vinculados a través de esa misma participación.

Muy especialmente, el filme, las artes plásticas y la música, que no se hallan limitados por las barreras lingüísticas, constituyen un extenso campo para dicha comunidad en el mundo moderno. Pero también la literatura, al superar esos obstáculos, se ha convertido hoy en día en un gran terreno de encuentro para los hombres de los diferentes países e incluso de los diversos continentes. De esta manera, el arte, al rebasar las fronteras de los Estados y superponerse a los conflictos, liga con un hilo invisible a los hombres que no se conocen recíprocamente, creando así una auténtica comunidad humana en la cual se encuentran a gusto los diferentes individuos. La satisfacción de las necesidades expresivas y comunitarias a través del arte se realiza de distintas maneras. En ciertos casos, la obra de arte constituye precisamente esa realidad específica con la cual el individuo se identifica, mientras que otras veces ve en ella su contradicción, su complemento, sus posibilidades. Por eso mismo, la experimentación artística representa en todos los casos un factor desintegrador de los esquemas y los clisés en los cuales los individuos suelen verse a sí mismos, en una fuente de emociones que penetran la corteza entumecida y falta de vida originada por las circunstancias, las malas experiencias y la dureza de la lucha por la vida. Por eso mismo, la expresión garantizada por el arte no es el mero registro de lo que el hombre sabe y piensa sobre sí mismo, no es un relato directo sobre sí mismo, pues en esa expresión —y en ello reside una de las paradojas del arte— el hombre se

halla mucho más rico y algo así como transformado, aun cuando sigue siendo el mismo.



De la misma manera, la comunidad creada por el arte sólo es el reflejo parcial de las experiencias y las emociones bien conocidas por los hombres. En la mayoría de los casos, el arte revela en ellos unas esferas inauditas e ignotas de impresiones, introduce a los individuos en la esfera de las posibilidades, que a algunos les permite realizar, y crea las nuevas dimensiones de la vida personal. La madurez humanística del individuo se desarrolla y profundiza en la medida en que es capaz de participar en las formas comunitarias cada vez más complejas, difíciles y elevadas creadas por el arte. Pues existen grandes obras históricas y modernas tan ricas desde todos los puntos de vista humanos y tan variadas, que son accesibles en diferente escala a los distintos individuos.

Por eso la expresión y la comunidad garantizadas por el arte no son nunca la mera repetición del estado real de las cosas: son en todos los casos una fuerza que les infunde un dinamismo y abre las perspectivas de las más diversas posibilidades. Estas posibilidades

representan el encanto peculiar del arte, y el hombre moderno halla en ellas su multiplicación, aun cuando sigue siendo el mismo. Ser uno mismo siempre, pero siendo otro del que se ha sido, he ahí la extraordinaria dialéctica de la vida interior humana que hemos de agradecer al arte. Esta dialéctica se armoniza sumamente con todo el estilo de la vida moderna, en la cual los hombres siguen adelante en sus actividades, fieles a sí mismos y a sus normas, creando, sin embargo, a cada paso obras nuevas.

Todo cuanto la ideología socialista, la ciencia y la técnica realizan en la vida objetiva de los hombres, creando continuamente sus nuevas formas, lo realiza el arte en su vida interior: por eso les es tan cercano y necesario.

5. La visión concreta de la realidad

Pero el arte es una necesidad humana también por otros motivos. La civilización moderna es una civilización basada en las conquistas de la ciencia. La ciencia ofrece a los hombres los conocimientos abstractos, los conocimientos que se expresan en unas leyes determinadas, y que permiten contemplar la realidad como un terreno de actividades eficientes. Pero los hombres ansian igualmente otros conocimientos acerca de la realidad: ansian conocer los hechos concretos, los acontecimientos concretos; el conocimiento figurativo, plástico, el conocimiento que compromete a los sentidos. ¿Acaso no es importante para el hombre conocer una ciudad determinada, a un hombre determinado? No es valioso que el hombre admire esa flor o ese árbol, que pueda tener una idea de un país lejano y de sus habitantes?

El arte le ofrece precisamente ese conocimiento concreto y figurativo. El arte no se halla en contradicción con el conocimiento abstracto y operacional de la ciencia, sino que es un conocimiento distinto y que resulta fértil de otro modo en la vida del hombre.

Los individuos de nuestra época, educados con arreglo al conocimiento científico, encuentran en las obras de arte el reflejo personal de la realidad de la historia, de las figuras, de los pueblos. Eso les permite «ver» la realidad, vincularse directamente con ella de un modo personal, a través de un contacto sensitivo.



Este contacto es un elemento importante en la existencia humana. Pues dado que el hombre es un ser que sabe cada vez más acerca de la realidad en forma abstracta, sin embargo vive en ella, como vivía hace siglos, como en una esfera de cosas y de fenómenos concretos.

Por eso se equivocan los que comparten las concepciones cognitivas de los valores artísticos que consideran el conocimiento artístico como si se tratara de un conocimiento similar al científico.

Pues en realidad, se trata de un conocimiento de un tipo totalmente distinto: puesto que se trata sencillamente de una cierta forma de existencia humana, que se transforma y desarrolla junto con las mutaciones de aquélla; sus transformaciones enriquecen ese conocimiento. El arte imparte a los hombres el conocimiento de la realidad por el hecho de que contribuye a la transformación de los propios hombres. Mientras que la ciencia transforma a los hombres sólo como resultado de las mutaciones que introduce en su pensamiento y en el ambiente material en que vive, el arte transforma al hombre en las formas básicas de sus reacciones ante el mundo visible, transformando la propia calidad funcional de su aparato mental.

Por eso es preciso aprender sobre todo de la ciencia, mientras que cabe someterse al arte; el hombre puede asimilar y poseer los conocimientos abstractos, pero para asimilar uno mismo el «conocimiento» del mundo impartido por el arte es preciso ser y seguir siendo un hombre cuyas formas fundamentales de reacción ante la realidad ya se han transformado en cierto modo.

La formación del hombre a través del arte ha sido un gran proceso histórico de desarrollo de la Humanidad. Este proceso aclara precisamente lo que el arte significa realmente como conocimiento de la realidad y en qué sentido esta definición puede utilizarse. El carácter peculiar de la especie *homo* radica en que esta especie no ha limitado el contacto intelectual con la realidad a la única consecución de informaciones importantes para la satisfacción de sus necesidades vitales —como ocurre en la vida de los animales—, sino que por el contrario amplió ese contacto a una multitud de cosas y supo alegrarse con la visión de unas imágenes de la realidad innecesarias para la vida. Esta característica peculiar del hombre es desde los siglos más remotos el elemento impetuoso del arte que nace del hombre y a la vez lo desarrolla y lo transforma.

Pues no cabe duda de que el arte agudiza los pensamientos humanos y permite «ver» en la realidad lo que no aciertan a vislumbrar

los aparatos mentales idénticamente contruidos de otros seres vivientes. De esta manera, las voces, los murmullos, los sonidos de la realidad le sirven al hombre para crear los tonos musicales que, fuera del mundo humano, nadie tiene en la Naturaleza; así, con las sombras, las luminosidades y los colores, el hombre crea la paleta pictórica gracias a la cual los seres humanos empiezan a ver distintamente ese mundo material que los rodea; así concibe y crea las formas escultóricas.

De esta manera, cuando entre el ser humano y la realidad accesible a su pensamiento se interpone el arte, esa realidad se le revela y crea una realidad insuperablemente más rica, a la par que surgen unas posibilidades inauditas de sensaciones mentales para los individuos.

Por eso mismo, el moderno arte no figurativo no está en contradicción con el actual desarrollo artístico, sino que, por el contrario, es su fiel continuación. Pues el arte siempre lo creó la realidad, inclusive cuando se trataba del llamado arte realista, que tenía que representarla.

Cualquier representación de la realidad en el arte es una nueva creación de la realidad distinta a la que hasta entonces existía. El arte que no representa la realidad que rodea a los hombres no hace sino ridiculizarla a sus propios ojos, incitando a los individuos a percibirla y experimentarla con plena pasividad.

Por esta razón —aun cuando parezca una paradoja— el llamado arte abstracto es igualmente una visión espiritual concreta. Cualquier intento por encontrar alguna relación directa y sinónima entre esa visión concreta y la imagen de las cosas concretas y conocidas a través de la experiencia común, sólo conduce al fracaso, y no es otra cosa que una subestimación de la capacidad creativa del hombre. Pues no hay duda de que en esas visiones abstractas el hombre muestra la realidad, la cual no es, naturalmente, el mero «reflejo» de la realidad concreta, sino la expresión de sus facetas veladas y dinámicas, de sus tensiones, de sus procesos de

nacimiento y de muerte, del misterio de sus formas.



Es así como el «mundo visible» deviene más rico que antes a la par que el hombre también se enriquece más, al aprender, con la ayuda del arte, a «ver» la realidad.

En una época como la nuestra, en la cual cambian las dimensiones tradicionales de la realidad, por cuanto la ciencia y la técnica van calando cada vez más en las misteriosas profundidades de la materia, en su estructura y su dinámica, el arte aporta a los hombres una nueva imagen del mundo visible, una nueva visión, adecuada a esos cambios. Pero mientras que en esas mutaciones destaca el triunfo del pensamiento cada vez más abstracto que domina las lenguas, la ciencia, la organización social, la economía, el derecho y la administración, el arte edifica su mundo con los elementos concretos y por eso es tan codiciado por los hombres.

6. La ampliada tarea de la educación estética

De nuestras anteriores consideraciones se desprende que el papel del arte en la civilización moderna ha sufrido unos cambios tan fundamentales que no es posible mantener en pie la tradicional concepción de la educación estética.

La educación es una tarea que no sólo debe preparar a los individuos para el cumplimiento de sus obligaciones, sino también para el aprovechamiento de las posibilidades que la vida les depara.

Dado el gran conjunto de posibilidades que en el día de hoy

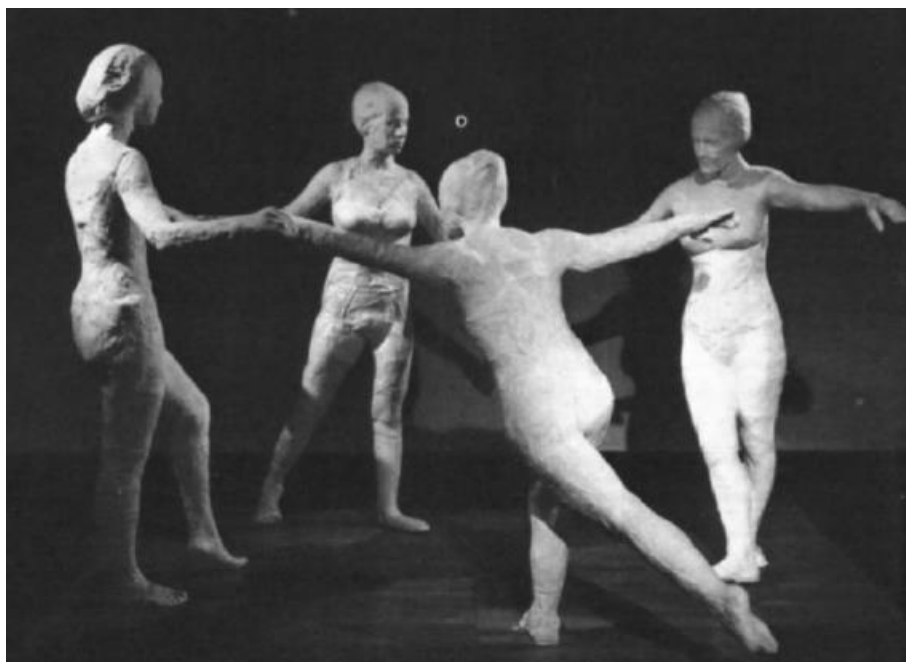
representa el contacto con el arte, la educación debe ampliar su ayuda en este terreno. Al igual que en la época de la generalización de la palabra impresa el papel de la educación era el de enseñar a la gente a leer y escribir, hoy, en la época de la generalización del arte, el papel de la educación debe ser el de luchar contra el analfabetismo estético. La educación debe ayudar a los individuos a aprovechar al máximo todas las posibilidades que les ofrece el progreso de la civilización moderna; desde la edad más temprana debe despertar y formar en los alumnos la vocación y la capacidad en aprovechar no sólo los libros, el teatro y los museos, sino también el cine, la radio y la televisión, las reproducciones de las obras pictóricas y musicales.

Se trata de una grande y variada rama de la labor pedagógica, que requiere unos programas bien pensados y elaborados, una buena metodología y unos maestros bien preparados. Estas tareas son, indudablemente, dificultosas y nuevas, puesto que la tradición escolar sólo abarca, en este aspecto, la formación en relación con la literatura. Y esto se realiza mayormente en tanto que documento que atestigua el desarrollo de la cultura nacional y de la conciencia social.

Así que la escuela del futuro deberá realizar un gran esfuerzo con miras a integrar los múltiples elementos de la cultura artística con que nos encontramos en la época moderna, para formar la capacidad de comprensión y de utilización de ese multifacético lenguaje artístico del que se sirve —en igualdad con el lenguaje técnico científico— la civilización socialista.

De acuerdo con estas nuevas y ampliadas tareas de la educación estética, será indispensable fijar las nuevas proporciones entre la formación de la aptitud para seleccionar las obras de arte y la formación de la propia actividad de los niños y los jóvenes en las disciplinas artísticas. Pues en las modernas condiciones de vida en que no dejan de incrementarse las múltiples posibilidades de acceso al arte, se percibe claramente el riesgo de que se formen unas

posturas de pasividad y superficialidad ante la vida artística y sus acontecimientos. En tal situación, la formación de la actividad propia de los alumnos es el método capaz de garantizar una comprensión más profunda del arte y de sus estructuras, gracias a la consecución, a través de las propias experiencias, del conocimiento del proceso creativo. Este método lleva consigo algunos riesgos, pues la actividad creadora personal suele convertirse en muchos casos y con suma facilidad en una actividad más bien subjetiva, cuyo objetivo estriba en granjearse la admiración social.



El problema de la vinculación de la actividad artística personal con la intensificación de las sensaciones estéticas facilitadas bajo el influjo de las obras de arte es, sin duda, el problema educacional más arduo de zanjar en este terreno.

De la resolución de este problema depende la nueva significación

de los conocimientos sobre el arte, que hasta ahora no ocuparon casi ningún lugar en la educación contemporánea. La ciencia del arte, que abarca en gran medida la arquitectura y las artes plásticas, la literatura y el teatro, el cine y la música, no debe considerarse como una fuente o un compendio de informaciones destinadas al estudio, sino que cabe considerarla como un conjunto de incentivos capaces de despertar la discusión y como una base de orientación con respecto a unas obras de arte concretas. Esta condición contradice en cierto modo el concepto histórico de la enseñanza artística, por cuanto requiere mirar hacia las grandes obras del pasado con unos ojos contemporáneos y experimentarlas en forma realmente acorde con las características del hombre moderno.

Pero el saber histórico es un fruto muy tardío de la educación estética: no es su fuente. La enseñanza del arte debe mostrarlo como una realidad viva y que sigue obrando en la actualidad. De lo contrario, nos hallaremos ante una erudición totalmente muerta. Por eso mismo, la premisa que exige que la educación estética se organice como un proceso de contactos vivos con las obras de arte sentidas como unas obras vivas, nos conduce mucho más lejos que todo cuanto pudieran pensar los partidarios de las concepciones tradicionales de la educación estética.

7. El arte, factor educacional

Nuestros análisis y reflexiones, que nos llevan a la comprensión de la importancia fundamental que el arte asume en la existencia del hombre, requieren que saquemos unas nuevas y amplias conclusiones desde el punto de vista pedagógico.

En la educación para el futuro, la enseñanza y la formación estéticas no sólo han de ampliarse y profundizarse, sino que también habrá que modificarlas fundamentalmente, por cuanto será preciso dedicar una especial atención a esa fuerza multifacética con la

que el arte transforma a los individuos, y no solamente a la formación de su postura estética.

La educación a través del arte, al rebasar los marcos tradicionales y estrechos de la llamada educación estética, debe abarcar la formación del hombre en su totalidad, en las categorías de actitudes y sensaciones que el arte introduce en el mundo de la civilización humana.



La educación a través del arte, entendida a la vez como la formación con miras a la actividad artística personal y como la formación de las sensaciones suscitadas por el arte, debe convertirse en uno de los elementos principales de la educación para el futuro. Al ampliar los conocimientos sobre las obras más destacadas en las di-

ferentes disciplinas del arte, conformando el gusto estético, tenderá igualmente —y sobre todo— a educar a los individuos de tal manera que el arte sea para ellos una necesidad cotidiana, y que el contacto con el arte los lleve a la máxima participación personal y modele sus sentidos espirituales y morales.

De esta manera, la educación a través del arte no será un aspecto del lujo cultural, desligado de la vida concreta de los hombres en tanto que un mundo de ilusiones o de diversiones, sino, por el contrario, una rama de la labor educacional vinculada con todas las

demás y que formará junto con ellas a unos individuos multifacéticamente desarrollados; en una palabra, la educación a través del arte será una rama pedagógica formadora de sensaciones humanas y serias, aun cuando todo ello se realice en el terreno del «irreal» mundo del arte.

La comprensión de esta situación, al parecer paradójica, pero muy singular y humana, de que a través del contacto con el «irreal» mundo del arte el hombre se forma realmente, puede servir de base a la moderna educación a través del arte.

